

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO CASTELLANOS"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVII

—¡Ah! ¡Ya lo presentía!—dijo Albina con un grito de suprema desesperación.—Ruégote que me lleves, Sergio. Por favor, ¡no mires!

Sergio, a pesar suyo, miraba enclavado en el umbral de la brecha. Abajo, en el fondo de la llanura, el sol poniente iluminaba con una sábana de oro el pueblo de los Artaud, semejante a una visión surgiendo del crepúsculo, cuyos campos contiguos veíanse ya bañados. Distinguíanse con claridad las casuchas levantadas sin orden ni concierto a lo largo del camino, los corralillos llenos de estiércol, los estrechos jardines plantados de legumbres. Más arriba el gran ciprés del cementerio alzaba su silueta sombría. Y las rojas tejas de la iglesia parecían un brasero sobre el cual la campana del todo negra, ofrecía como un rostro de dibujo esbozado; mientras que el viejo presbiterio, a su lado, abría sus puertas y ventanas al aire de la tarde.

—Por compasión—repetía Albina sollozando,—no mires, Sergio... Ten presente que me has prometido amarme toda la vida. ¡Ah! ¿Y ahora me amarás siempre? Mira, déjame cerrarte los ojos con mis manos. Ya sabes que mis manos son las que te han curado... No puedes rechazarme..

El la apartaba lentamente. Luego, mientras le abrazaba las rodillas, pasábase las manos por el rostro, como para ahuyentar de sus ojos y de su frente un resto de sueño. Aquel era, pues, el mundo desconocido, el extraño país en el cual no había pensado sin un sordo pavor. ¿En dónde había visto aquella tierra? ¿De qué ensueño se despertaba, para que sintiese subir de su interior tan torcedora angustia que poco a poco iba tomando cuerpo en su pecho, hasta sofocarlo? El pueblo se animaba con la vuelta de los campos. Los hombres regresaban con la chaqueta echada a la espalda, con andar de animales fatigados; las mujeres, en el dintel de las casas, aparecían con ademanes de llamamiento; mientras que los muchachos, por bandadas, perseguían las gallinas a pedradas. En el cementerio, dos galopines, un muchacho y una chicuela, se deslizaban a gatas, a lo largo de la baja tapia, para no ser vistos. Bandadas de gorriones se retiraban bajo las tejas de la iglesia. Una falda de cotonia azul acababa de aparecer en la escalinata del presbiterio, tan amplia, que tapaba la puerta.

—¡Ah, qué desgracia!—baluceaba Albina.— ¡Está mirando, está mirando!... Escúchame. Hace un instante jurabas obedecerme. Te lo suplico, vuélvete, mira al jardín... ¿No has sido dichoso en el jardín? El es quien me ha dado a ti. ¡Y qué de días felices nos reserva, qué bienandanza sin límites, ahora que nos es conocida toda la dicha de la sombra!... Al paso de que la muerte entrará por ese agujero, si no te pones en salvo, si no me llevas contigo. Mira, son los demás, es todo ese mundo el que va a meterse entre nosotros. Estábamos tan solos, tan perdidos, tan guardados por los árboles... El jardín es nuestro amor. Mira el jardín, te lo ruego de rodillas.

Pero Sergio se hallaba agitado por un gran estremecimiento. Hacía memoria: el pasado resucitaba. A lo lejos, oía con claridad vivir el pueblo. Aquellos labriegos, aquellas mujeres, aquellos niños eran

el alcalde Bambousse, volviendo de su campo de las Olivettes, haciendo cálculos sobre la próxima vendimia; eran los Bricbet, el hombre arrastrando los pies, la mujer gimoteando de miseria; era la Rosalía, tras de una pared, haciéndose besar por el gran Fortunato. Conocía también a los dos galopines, en el cementerio, aquel picarón de Vicente y aquella sinvergonzona de Catalina, en actitud de atisbar los grandes saltamontes, en medio de las tumbas; hasta tenían en su compañía a Voriau, el perro negro, que les ayudaba, olfateando entre las hierbas secas, soplando en cada juntura de las viejas losas. Bajo las tejas de la iglesia, los gorriones volvían a bajar, tan bien, que al seguirlos con la vista, acordábase de su gran alboroto, debajo del púlpito, sobre la escalinata del estrado, en donde nunca faltaba pan para ellos. Y, en el umbral del presbiterio, la Teuse, con vestido de colonia azul, parecía haberse puesto aún más gruesa; volvía la cabeza, sonriendo a Deseada, que volvía del corral, con sus grandes carcajadas, en compañía de todo un rebaño. Después desaparecieron ambas. Entonces Sergio, desatinado, extendió los brazos.

—¡Es demasiado tarde!—murmuró Albina, cayendo en medio de los restos de las zarzas cortadas.—Nunca me amarás lo bastante.

Púsose a sollozar. Sergio, con el mayor interés, escuchaba, procurando recoger los menores murmullos lejanos, en la espera de que una voz le despertase por completo. La campana había tenido un ligero movimiento. Y, con tanta lentitud, en el adormecido aire de la noche, llegaron hasta el Paradou las tres campanadas del *Ave María*. Eran sonidos argentinos llamamientos dulcísimos, regulares. La campana, a la sazón, parecía vivir.

—¡Dios mío!—exclamó Sergio cayendo de rodillas y como derribado por los tenues soplos de la campana.

Prosternábase y sentía las tres campanadas del

Angelus pasarle por la cerviz y repercutirle hasta en el corazón. La campana revestía tonos más altos. Volvía, implacable, durante unos minutos que le parecieron durar años. Evocaba toda su pasada vida, su piadosa infancia, sus goces del seminario, sus primeras misas en el ardoroso valle de los Artaud, en donde soñaba la soledad de los santos. Siempre le había hablado por igual manera. Encontraba hasta las menores inflexiones de aquella voz de la iglesia, que incesantemente se había elevado a sus oídos, semejante a la voz de madre grave y dulce. ¿Por que no la había escuchado? En otro tiempo prometíale la llegada de María. ¿Era María la que le había llevado al fondo de las dichosas frondas, a donde la voz de la campana no llegaba? Nunca habría olvidado, si la campana no hubiese cesado de tocar. Y, como se encorvase más aún, la caricia de la barba sobre sus enlazadas manos, le causó miedo. No conocía en él aquel pelo largo, aquel pelo sedoso que le daba belleza de irracional. Retorcióse la barba y llevó ambas manos a sus cabellos, buscando la desnudez de la tonsura; mas los cabellos le habían crecido poderosamente, la tonsura quedaba anegada bajo una oleada viril de grandes bucles echados atrás desde la frente hasta el cuello. Todo su rostro, antes rasurado, presentaba como un erizamiento salvaje.

—¡Ah! tenías razón,—dijo lanzando una mirada de desesperación a Albina;—hemos pecado y somos merecedores de un castigo terrible... Yo te tranquilizaba, no oía las amenazas que llegaban hasta ti a través de las ramas.

Albina intentó volverle a coger en sus brazos, murmurando:

—Levántate, huyamos juntos... Tal vez tiempo es todavía de amarnos.

—No, carezco ya de fuerzas, el menor grano de arena me haría caer... Escucha. Yo me espanto a mí mismo. No sé qué clase de hombre hay dentro de mí. Me he matado y tengo las manos llenas con

mi sangre. Si me llevases contigo, no tendrías ya de mis ojos sino lágrimas.

Albina le besó los ojos, que lloraban y continuó con arrebató:

—¡No importa! ¿Me amas?

Sergio, aterrorizado, no pudo responder. Un andar pesado, tras de la pared, hacía rodar los gujarros. Era como la lenta aproximación de un gruñido de cólera. Albina no se había equivocado, alguien se hallaba allí, turbando la paz de las arboledas con celoso aliento. Entonces ambos quisieron ocultarse tras unos brezales, sobrecogidos del más punzante bochorno. Pero ya en pie sobre el umbral de la brecha, el Hermano Archangias les veía.

El Hermano permaneció un instante, con los puños apretados, sin hablar. Miraba a la pareja, a Albina refugiada en el hombro de Sergio, con el asco del hombre que encuentra una inmundicia al borde de una zanja.

—Ya lo sospechaba—masculló entre dientes.—Habían debido esconderle aquí.

Dió algunos pasos y exclamó:

—Os veo, sé que estáis desnudos.. ¡Qué abominación! ¿Es usted por ventura, un bruto para corretear por los bosques con esa hembra? Le ha llevado a usted lejos, le ha arrastrado a la podredumbre y he aquí que anda usted cubierto de cerdas como un macho cabrío... Desgaje usted una rama para deslomarla.

Albina, con ardiente acento, decía en voz muy queda.

—¿Me amas, me amas?

Sergio, con la cabeza baja, se callaba, sin rechazarla aún.

—Felizmente le he encontrado a usted—prosiguió el Hermano Archangias.—Había descubierto este agujero... Ha desobecido usted a Dios, ha matado usted la paz de su espíritu. Siempre la tentación le morderá a usted con sus dientes de fuego,

y para en adelante ya no contará usted con su ignorancia para combatirla... Esta miserable es la que le ha tentado a usted, ¿verdad? ¿No ve usted la cola de la serpiente enroscarse en las trenzas de sus cabellos? Hombros tiene cuya sola vista produce náuseas... Déjela usted, no la toque, pues ella es el comenzar del infierno... En nombre de Dios, salga usted de este jardín.

—¿Me amas? ¿Me amas?—repetía Albina.

Pero Sergio se había apartado de ella, como abrazado en realidad por sus desnudos brazos, por sus desnudos hombros.

—¡En nombre de Dios! ¡En nombre de Dios!—gritaba el Hermano con voz de trueno.

Sergio, sin poderse vencer, se encaminaba hacia la brecha. Cuando el Hermano Archangias, con ademán brutal, le hubo arrastrado fuera del Paradou, Albina, caída al suelo, con las manos tendidas como una loca hacia su amor que se alejaba, levantóse con la garganta destrozada por los sollozos. Escapóse y desapareció a todo correr por entre los árboles, cuyos troncos azotaba con sus desordenados cabellos.